

# GARCIA MARQUEZ

## 18 años atrás

**C**UANDO llegó a París por primera vez era un Piscis desamparado, guiado sólo por el radar de sus premoniciones. Desde luego, ya entonces García Márquez tenía cara de árabe, pero no la cara de árabe plácido y maduro que hoy tiene, sino de árabe inquieto, de esos que la policía mira con recelo. Y, en efecto, los policías franceses, confundiendo con argelino, lo llevaban cada semana a la comisaría. El alguna ocasión lo azotaron con sus capas entorchadas. Para calmar tanto sobresalto, García Márquez fumaba desesperadamente. La nicotina de tres cajetillas diarias de cigarrillos se le había quedado en las manos y en los bigotes, y su cuarto, en el último piso del hotel de Flan-des,apestaba a tabaco.

Aquella buhardilla revuelta, con una ventana que daba a la rue Cujas y a los tejados del Barrio Latino, era su único refugio en la jungla de París. Candorosamente, como un estudiante de provincia, García Márquez había clavado en la pared el retrato de su novia (Mercedes, la muchacha de cuello largo y ojos adormilados, descrita en «Cien años de soledad», se había quedado en Barranquilla, esperándole tras el mostrador de una farmacia). Hasta aquel séptimo piso llegaban en sordina los ruidos de la calle. A veces, el reloj de la Sorbona dando la hora. A veces, en la bruma glacial del invierno, el pregón largo y condolido de un vendedor de alcachofas. A veces, los gritos del poeta Nicolás Guillén, que desde su ventana, en el hotel Saint-Michel, nos daba las últimas noticias de la lucha en Cuba contra Batista.

García Márquez era entonces un escritor desconocido fuera de su país. Por cuenta suya, en una modesta tipografía próxima a la plaza del mercado de Bogotá, había publicado su primera novela, «La hojarasca». En París, por aquella época, andaba escribiendo un cuento, que más tarde se convertiría en «La mala hora». Tabajando de noche, en una máquina de escribir portátil que yo le vendí por cuarenta dólares, su historia se iba enriqueciendo cada día con nuevos episodios. Sólo tenía un problema: escrita en pleno invierno, con las rodillas pegadas al radiador de la calefacción, no lograba que en ella hiciera realmente calor, el calor abrasador de Macondo. Cuando pasábamos a mediodía para lle-

varlo a almorzar, lo encontrábamos todavía en cama, las persianas cerradas, encendida aún la lámpara de la mesa de noche, sobre la mesa un cenicero lleno de colillas, cavilando sobre los posibles desarrollos de su historia. Nos hablaba de ella en términos tan gráficos, con detalles de planos y secuencias, que seriamente llegamos a pensar que su vocación real era el cine y no la literatura.

Lo encontramos por primera vez en un café del Barrio Latino llamado la Chope Parisienne. Enfundado en un abrigo de pelo de camello y hablando de Faulkner con una especie de suficiencia desdenosa, nos pareció un tipo engreído. La misma impresión produjo en un matrimonio amigo, a cuya casa lo llevamos.

nunca antes había visto la nieve, salvo en las tarjetas de Navidad. Inopinadamente, echó a correr. Echó a correr y a saltar, a saltar y a correr, gritando: «¡Nieve!», con una expresión de júbilo delirante. Pensé con alivio: «Es un loco». Desde entonces, García Márquez y yo somos amigos.

Como amigos, hemos recorrido juntos muchas partes del mundo. Hemos perseguido jóvenes alemanas por las calles siniestras de Leipzig. Hemos atravesado toda Europa en tren parados en la puerta de un W. C. Hemos viajado por la Unión Soviética como falsos integrantes de un conjunto de músicos negros. Hemos vivido en Caracas tormentosas jornadas de reporteros cuando cayó Pérez Jiménez. Hemos pasado

Hemos matado el tiempo muerto delante de la fauna «snob» y encantadora de Bocaccio, en Barcelona. Hemos hablado y hablado, y discutido también (cuando el caso Padilla, por ejemplo), hasta hacerle decir a Mercedes: «Bueno, paren ya esa cháchara».

Todo esto ocurriría después de que García Márquez viera la nieve por primera vez y muy poco antes de que París se le convirtiera en una ciudad de pesadilla. El desastre empezó con una noticia infima aparecida en «Le Monde» dando cuenta de la clausura de «El Espectador», el periódico que lo había enviado a Europa como corresponsal: «No es grave», dijo García Márquez, exactamente como dicen los toberos después de una cornada. Pero si lo era, pues nunca más



Frente al hotel de Flandre, donde vivió dieciocho años atrás.

«¿Quién es el tipo horrible que trajiste? —me dijo la dueña de la casa, en voz baja, cuando salíamos—. Se da mucha importancia. Además, apaga los cigarrillos en la suela del zapato».

Era noche de Navidad. Estaba nevando. De pronto, al salir a la calle, aquel personaje, hirsuto como sus bigotes, sufrió una transformación insensata. Viendo la calle blanca, los faroles blancos, los autos blancos, los copos blancos que iban salpicándole los guantes y las solapas del abrigo, quedó paralizado de asombro:

toda una noche sentados a los pies de un hombre que en la madrugada sería sentenciado a muerte y luego fusilado en La Habana. Hemos soporados durante largo tiempo la atmósfera triste y lluviosa de Bogotá, trabajando en una agencia que manejábamos juntos, Prensa Latina. Hemos bebido tequila oyendo los mariachis de la plaza Garibaldi, en México. Hemos pasado todo un verano en las rocas volcánicas de la isla de Pantelaria, bebiendo áspero vino siciliano delante de un mar con siete tonalidades de azul.

las cartas volvieron a traer girros, y a los zapatos les fue entrando el agua, y su «pull-over» azul se llenó de agujeros, y el pelo de polvo, y los pantalones, a medida que se alimentaba de «spaghetti» cocinados de prisa en cualquier parte, se le hicieron cada vez más holgados en la cintura, hasta acabar sujetándolos con una cuerda, exactamente como se sujeta un saco de Coirees. Para colmo, la máquina de escribir, achacosa, perdió una tecla. Es cierto que la patrona del hotel, madame Lacroix, le fió du-



Bajo el Pont des Arts, con los clásicos pescadores del Sena al fondo.

## Plinio Apuleyo Mendoza

rante un año el cuarto, como lo haría dos años después con un peruano, también desconocido entonces, Mario Vargas Llosa. Pero aun así, García Márquez llegó a límites extremos. El día que se vio obligado a pedir dinero en la calle comprendió que las cosas se habían puesto duras, en efecto. Hombre tímido, pese a las apariencias, sudó hielos durante una hora antes de abordar a un transeúnte, que le alargó una moneda sin mirarlo siquiera. Cuando la madre de García Márquez recibió una fotografía suya, en Cartagena, se echó a llorar. Mercedes, su novia, que ya entonces era un ser de una alarmante tranquilidad, se limitó a decir: «Pobre Gabito, parece un esqueleto».

Aquel París de miseria se acabó para García Márquez en el invierno de 1957. Volvería once años más tarde, con quince kilos más y la fama estrepitosa y reciente de «Cien años de soledad». Pero sólo de paso. París le produce todavía una confusa zozobra. Cada rincón del Barrio Latino lo remite a un recuerdo aciago. Inclusive la Chope Parisienne, en donde hemos vuelto a encontrarnos. El lugar no ha cam-

biado: la misma bruma invernal en los vidrios y los eternos jugadores de ajedrez cavilando ante sus tableros. París, finalmente, es el mismo; García Márquez, no. Ahora, sus impulsos, y aun sus famosas premoniciones, están bajo la disciplina de un cerebro que funciona con la previsión y la exactitud de una computadora. Hierva en proyectos. Terminada «El otoño del patriarca» (novela de 450 páginas que seguramente provocará tanto ruido como «Cien años de soledad», y en la cual trabajó durante quince años), ahora vuelve a interesarse en el periodismo y en el cine. Permanecerá los tres primeros meses del año en Nueva York con Francesco Rossi, preparando la documentación para un film. Luego, espera llevar al cine la historia de Blacamán, y aun ha reservado tiempo para una tercera película en Colombia.

Este año vivirá en Nueva York, México, Bogotá, Caracas y Barcelona. Según lo confiesa, nunca podrá radicarse en París. Como turista en esta ciudad —y quizá para exorcizar el fantasma de aquella época negra—, se permite lujos atrevidos. Compra ropa en

el Faubourg Saint-Honoré, explora los mejores restaurantes y se aloja en un hotel tan moderno que parece inspirado en una película de James Bond. Basta pisar la alfombra de entrada para que una tras otra vayan abriéndose sigilosas puertas de vidrio. Basta oprimir un botón, a dos pasos de la cama, para que una máquina de aspecto absolutamente inocente le dispere una botella de whisky. Basta descolgar el teléfono para comunicarse, sin necesidad de operadora, con Nueva York o Tokio.

En medio de tanto artefacto dispuesto para el confort, García Márquez respira tranquilo. No sólo su situación material ha cambiado: también, según los expertos, su signo astrológico. Ahora es más Tauro que Piscis. Un Tauro con hábitos de «bon vivant», que conoce la temperatura adecuada de los vinos y toda la gama pecaminosa de los quesos. Cosa increíble, ha perdido un vicio tan antiguo como sus bigotes: ya no fuma. No lo necesita, sus antiguas tensiones han desaparecido. La pobreza, el lobo que una vez estuvo a punto de morderle los talones, ya no volverá. ■ Fotos: FINA TORRES.

## ALIANZA EDITORIAL

### EL LIBRO DE BOLSILLO

- 491  
Ramón Trias Fargas  
Introducción a la economía de Cataluña
- \*460  
Christopher Tugendhat  
Las empresas multinacionales
- 450  
Andreas G. Papandreou  
El capitalismo paternalista
- 435  
Assar Lindbeck  
La economía política de la nueva izquierda  
Prólogo de Paul Samuelson
- \*365  
Robert L. Heilbroner  
Entre capitalismo y socialismo
- 28€  
Kurt Walter, Arnold Leistico  
Anatomía de la economía
- \*\*\*281  
Ramón Tamames  
Estructura económica internacional
- \*245  
Robert Lekachman  
La era de Keynes
- \*\*90  
Ramón Tamames  
Introducción a la economía española
- \*\*78  
Joseph A. Schumpeter  
Diez grandes economistas: de Marx a Keynes

## ALIANZA UNIVERSIDAD

- 4  
Enrique Ballester  
Principios de economía de la empresa  
496 págs., con figuras, cuadros, tablas, 200 ptas.
- 17  
Martin J. Bailey  
Renta nacional y nivel de precios  
348 págs., 180 ptas.
- 21  
James L. Riggs  
Modelos de decisión económica para ingenieros y gerentes de empresa  
492 págs., grabados, cuadros y tablas, 260 ptas.
- 23 y 24  
Kenneth E. Boulding  
Análisis económico, I y II  
240 ptas. cada ejemplar
- 30  
Milton Friedman  
Teoría de los precios  
352 págs., grabados, 180 ptas.
- 36  
Milton Friedman  
Una teoría de la función de consumo  
381 págs., grabados, 200 ptas.